



MUJERES Y BIBLIOTECAS

Mujer y biblioteca

• BLANCA CALVO

Una mujer fue la protagonista de una de las escenas más bonitas que he vivido en mi trabajo como bibliotecaria. Ocurrió hace dos o tres años y fue un reencuentro amoroso.

Me encontraba enseñando la biblioteca a un grupo de mujeres jóvenes, participantes en un curso impartido por los servicios sociales del Ayuntamiento. El curso tenía como objeto proporcionar formación a mujeres sin estudios, de bajo nivel económico, para mejorar sus posibilidades de encontrar un trabajo. Una de las profesoras que suelen dar clase en esos cursos tiene la acertada teoría de que uno de los lugares que esas mujeres deben conocer es la bibliotecas, así que acostumbra a pedirnos una visita guiada, y en una de ellas estábamos cuando se produjo el reencuentro: al entrar el grupo en la sala infantil, la mujer protagonista de la escena se topó con el héroe de su vida: el Capitán Trueno. Nerviosa nos contó que, siendo niña, había leído con ansia todas las aventuras del guapo personaje. Su relación con el Capitán Trueno había sido clandestina, pues a su madre -la de la chica, claro está- no le gustaban nada las aficiones lectoras de su hija, le parecían una pérdida de tiempo, y ella debía encerrarse en "cierto sitio" para poder leer ejemplares prestados que enseguida devolvía para que no fueran

descubiertos y destruidos por la madre. Después habían pasado los años, ella había crecido y, con las obligaciones que trae la edad adulta, había ido olvidando a su ídolo. Y, de pronto, en el momento más inesperado, el Capitán Trueno de nuevo, sonriéndole desde la estantería de una biblioteca. Yo, hacía unos meses, había asistido a otro reencuentro: el de un tío-abuelo mío con un compañero de estudios al que no veía desde hacía más de cincuenta años. El abrazo que se dieron en el pasillo de mi casa nos había llenado de emoción a todos los que estábamos con ellos, pero puedo asegurar que la expresión de alegría que tenía en la cara esa mujer cuando cogió entre sus manos el volumen no fue menos impactante. Inmediatamente lo abrió y comenzó a leerlo, sin escuchar ya las explicaciones que seguíamos dando sobre la biblioteca, así que hasta el final no se enteró -con la alegría que cabe imaginar- de que podía llevarse a casa en ese mismo instante varios tomos de aventuras del héroe recién recuperado, para disfrutarlos ya tranquilamente, sin la censura de su madre, sólo con un pequeño requisito: hacerse socia de la biblioteca.

He escogido el relato de esta historia para comenzar un artículo sobre la mujer en la biblioteca porque me parece que -contrariamente a lo que, casi con seguridad, opinarían los

bibliotecarios rígidos y puristas de los que se hablaba en el número de diciembre de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA y que, por fortuna, sólo existen en las novelas y en el cine-, se dan en ella dos de los requisitos que debe tener un buen servicio bibliotecario: proporcionar a cada usuario el material que puede resultarle más apasionante en cada momento e intentar abrirse a todos los sectores de la sociedad, especialmente a los que tienen más difícil el acceso a la cultura por otras vías. Un buen porcentaje de las personas que se encuentran en esas circunstancias son mujeres.

Pero, una vez empezado el artículo, ¿qué se puede decir de la relación de las mujeres con las bibliotecas que no se deba aplicar también a los hombres? Me cuesta escribir pensando sólo en el sexo femenino, aunque creo que se trata de un sentimiento puramente intelectual dado que, en la práctica, trabajo con frecuencia especialmente para ellas. La igualdad entre los sexos no existe todavía, y nunca llegará si no fuerzan el proceso las que ahora están en peores condiciones. La cultura es una herramienta imprescindible para llegar a la igualdad, y en las bibliotecas se consigue la cultura; por eso es necesario que las usen mujeres.

Se pueden hacer bastantes cosas para invitarlas a usar las bibliotecas, y no hay que despreciar, como si no fueran con



nosotros, las técnicas de la comercialización, pues en el fondo este trabajo tiene mucho parecido con las estrategias que se usan para aumentar las ventas: en ambos casos es preciso salir en busca del cliente. En el trabajo de los bibliotecarios suele dar muy buenos resultados descender del pedestal de la cultura con mayúsculas para actuar en el terreno de las personas a las que se quiere conseguir como usuarias. Por eso en ocasiones, y teniendo muy presentes los fines que se buscan, se pueden programar actividades típicamente "femeninas", por ejemplo cursos de costura o de cocina, materias que precisamente forman parte del mundo del que queríamos que salieran las mujeres para asomarse a otros más interesantes. El hecho de practicar esas materias en la biblioteca y no en la propia casa, inicia ya el camino hacia el cambio personal y colectivo: obliga a entrar en un edificio cultural, con otras personas parecidas a una misma, lo cual ayuda mucho a perder ese respeto temeroso que a mucha gente le causan los libros todavía.

Esos cursos son una estrategia de tipo comercial que los bibliotecarios podemos programar para captar y convencer a aquellos que necesitan comprobar - sean hombres o mujeres- que las puertas de toda biblioteca están también abiertas -deben estar abiertas, sobre todo-, a las personas que no tienen una cultura muy profunda, cuando hayan comprobado que eso es cierto, y cuando ya se sientan bien a gusto al otro lado de esas puertas, en la tercera o cuarta sesión de un curso de ese tipo, hay que organizar con las alumnas -si se trata de un curso "femenino"- un recorrido por todo el edificio, explicándoles en cada sala lo que en ella se puede conseguir. Para facilitar su uso en el futuro es conveniente regalarles antes o después de hacer el curso -puede ser ese, justamente, el requisito necesario para poder matricularse- el carnet de la biblioteca

a cada alumna. También es una idea interesante preparar una exposición de materiales sobre el tema en torno al cual se hace el curso, imprimirla como guía de lectura y entregársela a todas las alumnas para que puedan ir retirando esas obras en visitas sucesivas.

Después de hacer un curso de ese tipo muchas mujeres van a seguir utilizando la biblioteca, aunque sólo sea porque con él se acostumbraron a visitarla varias veces por semana. Y, aunque no ocurriera eso que buscamos, la actividad serviría para algo, ya que habría facilitado el uso de una institución pública -pagada con el dinero de los contribuyentes- a personas que, de otro modo, podrían no haber llegado a conocerla nunca desde dentro. Recuerdo una ocasión en que ofrecimos en nuestra biblioteca un curso de calceta. Infiltramos como alumna a una persona que tenía la misión secreta de animar a leer a las demás, misión que, a la postre, resultó imposible. Cuando ya estaban en el tercer o cuarto día de cursillo, la impostora se ofreció a leer en alto para todas. Habíamos seleccionado unos textos que creímos apropiados: algún cuento popular, poemas muy sonoros, el comienzo de una novela apasionante... pero no pudieron demostrar su eficacia porque la respuesta llegó rápida y contundente: ninguna alumna quería que la distrajeran con lecturas para no equivocarse al contar puntos. Quiero creer, sin embargo, que varias de aquellas mujeres siguieron usando la biblioteca después del curso. Con ese pequeño empujón el hielo estaba roto, y en muchas ocasiones eso es lo único que los no usuarios necesitan.

Un vehículo que también puede ayudar a las mujeres a llegar a la lectura es el coche de un bebé. En muchas bibliotecas ya se van organizando normalmente actividades para niños muy pequeños, de menos de tres años, y se pide que un adulto acompañante permanezca todo el tiempo que dura la sesión. El papel de esas perso-

nas no es pasivo, no se limitan a mirar, sino que escuchan lo que los bibliotecarios cuentan sobre libros para niños y aprenden muchas cosas que les valen después para educar a sus pequeños, fabrican libros artesanos todos juntos, escuchan cuentos y canciones y cantan y cuentan a su vez, disfrutando al ver a sus niños disfrutar entre los libros. No es necesario apuntar que casi todos los adultos que acompañan a los niños son mujeres: alguna abuela y muchas madres. Muchas de ellas son lectoras convencidas, y por eso llevan a sus niños hacia el libro, pero otras nunca habían sentido ganas de visitar por sí solas la biblioteca, y llegan por vez primera conduciendo el cochecito de su hijo. ¿O quizá sería más exacto afirmar que es el cochecito -el niño que va dentro- el que las lleva a ellas? No sería ninguna tontería expresarlo de ese modo. Los bibliotecarios hemos visto en muchas ocasiones que los niños han sido los causantes de que sus padres -las madres sobre todo- se habitúen a usar la biblioteca después de haber tenido que llevarles muchas veces a ellos de la mano. Y, aunque en principio esas mujeres pueden mostrar una postura pasiva hacia un servicio que suponen dirigido sólo a niños, la habilidad informativa de los bibliotecarios y la contemplación de otras usuarias como ellas que no van acompañando a ningún niño puede animarlas a entrar en las salas de lectura para adultos y a utilizar para sí mismas todos los recursos disponibles.

De manera que las mujeres no lectoras pueden animarse a visitar las bibliotecas por vías indirectas, empezando por participar en actividades alejadas de los libros, o por medio de sus hijos o sus nietos. Pero también son muy capaces de llegar a la lectura de una manera directa y voluntaria, y así lo hacen muchas de ellas: todas las que acuden a los diversos clubs o grupos de lectura que funcionan en muchas bibliotecas. En otras páginas de este mismo número de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA se habla con detalle de esas actividades, que consiste

en leer un libro en solitario al mismo tiempo que lo están leyendo otras personas, y comentarlo con todos los demás en sesiones semanales. Hace más de diez años comenzaron las bibliotecas a ofrecer ese servicio y, aunque no estaba dirigido a un sexo en especial, se ha ido conformando como una actividad mayoritariamente femenina.

No sé bien por qué ha sido así. Probablemente no es el fruto de una causa sola, sino la mezcla de varias a la vez. A mí se me ocurren unas cuantas: las mujeres tienen cada vez más ganas de conocerse bien a fondo; también tienen -o se buscan como pueden, peleándose a veces duramente con el tiempo- más horas para ellas. Por otra parte el mundo editorial abunda últimamente en obras escritas por mujeres o con atractivos personajes femeninos, y eso ejerce una fuerte incitación a la lectura... Sea por éstas o por otras razones semejantes, lo cierto es que los grupos de lectura están formados sobre todo por mujeres: de las trescientas personas que forman parte de los doce clubs que funcionan en la biblioteca en que trabajo, más de un noventa por ciento son del sexo femenino. No se crea, sin embargo, que su nivel cultural es uniforme. Las hay lectoras desde siempre, y otras han necesitado apoyarse en el grupo para finalizar el primer libro de su vida. Algunas tenían ya al empezar un gusto definido, y otras van aprendiendo a valorar calidades literarias al ir avanzando en las lecturas, como aquella que por primera vez determinó por sí misma lo que era una buena novela al terminar el "Pereira" de Tabucchi. Hay algo, no obstante, que unifica a todas ellas, y es la común disposición a disfrutar con la literatura. Los clubs son, además, estupendas plataformas culturales: con frecuencia amplían su territorio más allá del campo estrictamente literario. A partir de los grupos de lectura se organizan excursiones culturales que conducen a museos, monumentos, representaciones teatrales, exposiciones y otros destinos semejantes. Las mujeres pagan su parte

de los gastos que ocasionan esos viajes y, como resultado, no sólo aumentan la amplitud de su cultura sino que además están contribuyendo a fomentar una actividad económica pequeña pero importante, que ayuda a consolidar industrias del transporte y culturales. Es con ese tipo de prácticas, además de invertir fuertes sumas de dinero en la cultura, como han ido consiguiendo los países más desarrollados una fuerte infraestructura cultural. Por eso entre otras cosas decía un poco más arriba que las mujeres que van cambiándose a sí mismas al usar las bibliotecas contribuyen al cambio colectivo de nuestra sociedad.

A veces no salen sin embargo las cosas como uno las plantea. Yo creía, a la vista del enorme desarrollo que los clubs de lectura han tenido en la biblioteca en que trabajo, que se podría trasplantar a cualquier sitio. Hace poco ha estado formando parte de uno de ellos un joven párroco rural de esta provincia, con objeto de ver cómo actuamos y llevar la actividad a los pueblos que él atiende. Ya veremos si consigue que funcione en condiciones tan desfavorables, con mujeres aisladas en núcleos pequeños. Como idea es estupenda, pero encierra una gran dificultad. Por lo pronto el primer paso consiste en juntar a varias en un pueblo, pues en cada una de las localidades las mujeres son muy pocas, insuficientes para formar un grupo de lectura.

Hace poco he sabido de otra experiencia interesante que partió del mismo punto del que arrancan los grupos de lectura. Se hizo en Móstoles, y tenía el objetivo de familiarizar con la literatura a mujeres de 45 a 65 años. La lectura era difícil para ellas, de manera que las bibliotecarias buscaron otro enfoque, dirigiendo su atención a la literatura más antigua: la tradición oral. Después de trabajar durante meses, las mujeres y nuestras compañeras han terminado un precioso cuaderno en el que primorosamente se han copiado cuentos, anécdotas, refranes, acertijos, letras de canciones y otras cosas que han encontrado en su memo-

ria estas mujeres. Según María Calle y Julia Herranz, bibliotecarias de ese municipio: "Ha sido una experiencia muy interesante, tras la que de nuevo nos reafirmamos en la necesidad de que las Bibliotecas sean algo más que un lugar de estudio y de préstamo de libros, recuperando su valor como centro de cultura, de participación y de debate". No tengo nada que añadir. Sólo agradecer a la casualidad que este magnífico cuaderno haya llegado hasta mí justo en el momento en el que preparaba este texto, pues es un ejemplo estimulante de trabajo con mujeres que otros muchos bibliotecarios podremos imitar.

Me doy cuenta de que hasta ahora he considerado la relación de mujer y biblioteca contemplando sólo uno de los papeles de esta última: el que representa como lugar de ocio y aproximación a la lectura. Pero las bibliotecas son más cosas, y también en esos otros campos hay que valorar su relación con las mujeres.

Si enfocamos a la biblioteca como un centro en el que conseguir información, tiene mucho que aportar a las mujeres, pero aquí se me hace más difícil todavía pensar en la atención que precisan sólo ellas. Rebuscando otras ideas en escritos sobre el tema he encontrado un artículo norteamericano que habla de lo imprescindible que es ofrecer información a las mujeres que sufren malos tratos. Una de cada ocho mujeres en los EE. UU., argumenta la articulista, está en ese caso. A las bibliotecas acuden cada día muchas mujeres, de modo que la estadística es la estadística: muchas de ellas son víctimas de esa violencia; hay que proveerlas de toda información que las ayude. La justificación es impecable. Pero yo enseguida he pensado, continuando el argumento, que, si a las bibliotecas acude tanta gente como vemos los que en ellas trabajamos, también habrá muchísimas personas con problemas de otro tipo: hombres y mujeres que se casan, se divorcian, tienen hijos; pacientes de cualquier enfermedad, personas sin traba-



jo; inmigrantes, drogadictos... a los que es necesario informar igual de bien. Por eso he recordado otra manera más amplia de informar, sin hacer tantos compartimentos separados como podrían derivarse del artículo norteamericano. En las bibliotecas de Devon pude ver, hace ya bastantes años, un espacio al lado de la puerta dedicado a dar información sobre temas familiares. Allí, estoy segura, se podían encontrar libros sobre la violencia que sufren muchas mujeres, y también sobre impuestos, enfermedades, educación para los hijos, psicología, alimentación, casas, muebles y todo aquello que le sirve a un ciudadano o ciudadana que forma parte de un núcleo familiar para organizar su vida. Secciones de ese tipo habría que instalar en cada biblioteca. Es posible que, como en otros servicios que ya hemos comentado, las mujeres llegaran a ser sus usuarias más asiduas, pero eso no quiere decir que haya que ofrecer distintos servicios informativos en las bibliotecas a cada uno de los sexos.

Se puede ver también la biblioteca desde otra perspectiva: como una institución que ha de mantener una presencia fuerte y permanente en la comunidad que la rodea. Desde este punto de vista está obligada a establecer contactos con organismos femeninos, como asociaciones de mujeres, o servicios específicos que tratan sus problemas -centros asesores, o pisos tutelados, por ejemplo-. Pero esas relaciones no tienen por qué ser diferentes de las que se establecen con otras entidades que reúnen a personas de ambos sexos. No veo necesaria una línea de trabajo especial con las mujeres aunque, dentro de esa agilidad que toda biblioteca debiera desplegar para estar siempre en el vértice de los acontecimientos, puede hacer un esfuerzo algo mayor -mientras la igualdad no sea un hecho irreversible- en asuntos que les afectan más a ellas. El día 8 de marzo es un ejemplo. En muchos sitios se celebran actos alusivos, y a veces son las bibliotecas las que los coordi-

nan -en Guadalajara se hace eso en Azuqueca-. Una idea que se me está ocurriendo según escribo estas líneas es la de tomar como costumbre regalar el día 8 de cada mes de marzo el carnet de la biblioteca a un grupo de mujeres. Nosotros lo hacemos en otras efemérides -el día del libro, por ejemplo- con otros colectivos, y es un regalo que se agradece mucho. El proyecto presenta sólo una dificultad, y es conseguir los datos de las personas que forman parte del grupo elegido, pero hay fórmulas si se trata de los miembros de una asociación, se le piden directamente a ella, y si se escoge otro criterio para agrupar a los que se desea inscribir como socios -las mujeres de una determinada edad podrían ser asociadas cada año, variando cada año esa franja-, resulta útil tomar los datos en el censo municipal. Lo difícil puede ser tener acceso oficial a tan importante documento, lo cual ofrecerá mayor o menor dificultad según la importancia que la biblioteca haya adquirido como institución social.

Desde que caí en la cuenta, hace ya bastante tiempo, de que era una mujer en una sociedad que discrimina al sexo femenino y entré a trabajar en una biblioteca pública, tengo dos aspiraciones: llegar a ver la igualdad entre hombres y mujeres y contribuir al desarrollo de un sistema bibliotecario moderno y atractivo. En ambos campos se ha avanzado en los últimos veinticinco años, sobre todo en la equiparación de derechos ente hombres y mujeres, pero todavía queda mucho por hacer. Creo que todavía es necesario que los profesionales busquemos estrategias para favorecer esa igualdad, y por ello me parece conveniente dedicar a "la mujer" artículos y números monográficos de revista como este. Y confío en que pronto llegue el día en el que resulten una anticualla desfasada porque -gracias, en parte, a cosas como éstas- se haya conseguido una sociedad de hombres y mujeres iguales en deberes y derechos, entre estos últimos, el de una buena red de bibliotecas.

• **Blanca Calvo** es Directora de la Biblioteca Pública de Guadalajara.

PUBLICIDAD